

permanentes, como las de esos productos que se anunciaban para el mercado. Tentados estuvieron de introducir mensajes evangélicos en cadenas de radio, televisión y ordenadores, porque capacidad técnica tenían para ello. Pero en seguida cayeron en la cuenta de que no son las máquinas y las técnicas, de por sí neutras, sino el corazón del hombre el lugar donde se aloja y desde donde se manifiesta el don de Dios, o las otras ambiciones opuestas. Y pensaron que el Hijo de Dios en su encarnación había elegido misteriosamente el camino del servicio humilde y no el de la imposición y ni siquiera el de la manipulación ingeniosa, sino el de la libre y amorosa invitación. Por eso, por más extraño y doloroso que esto resultase, había que respetar esa dinámica.

Ellos, un tanto decepcionados por el comportamiento de los hombres, pero comprendiendo mejor la encarnación del Verbo y el valor de la fe, subieron a la nave y regresaron a casa como ET. En fin de cuentas, a Dios se le puede encontrar en todas partes si se limpia el corazón. Esa es la clave. Una reciente instrucción pastoral del Consejo para las Comunicaciones Sociales, "Aetatis novae", dice: "Dios se comunica definitivamente en el Verbo hecho carne. La palabra se hace liberadora y redentora para toda la Humanidad en la predicación y en la acción de Jesús. Este acto de amor por el que Dios se revela, asociado a la respuesta de fe de la Humanidad, engendra un diálogo profundo". Por eso, a pesar de nuestras deficiencias, los extraterrestres se fueron envidiándonos nuestra suerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre de verdad. Y ellos querían gritarlo desde los espacios cósmicos para que lo oyeran todos y se alegraran. ¡Si los hombres que intervienen en los medios de comunicación social conocieron el don de Dios...!

JOSÉ DELICADO

Algunas cuestiones en torno a la beatificación de Mons. Escrivá

En este tiempo me han preguntado varias veces por este asunto, tanto individualmente como en grupo. Por eso voy a intentar aclarar algunos puntos.

Hasta el siglo x no intervenía la Santa Sede en la canonización de los santos. La iniciativa la tenía la comunidad local con el sentir del pueblo, ra-

tificado por el obispo en un proceso más bien rudimentario. Los preferidos eran los mártires, "no por el suplicio, sino por la causa", como decía san Agustín, aunque también se tenían en cuenta los confesores. Después del siglo x empezó a intervenir el Papa y a regular estos procesos, porque terminan en el culto eclesial del sujeto. En el siglo xvi ya se establece que la Congregación de Ritos es la que tiene la dirección exclusiva del proceso, que concluye con una misa solemne en la que el Papa celebra la canonización. En el siglo xvii se instituye una primera etapa: la de la beatificación, que autoriza el culto a un siervo de Dios, pero limitado a una familia religiosa o a un territorio. Hasta Pablo VI, el Papa se reservaba la intervención personal solamente para la canonización, mientras que la beatificación consistía en una simple lectura del decreto. Pero Pablo VI quiso dar mayor relevancia a la beatificación, proclamándola también en una celebración eucarística, aunque teniendo en cuenta el significado de estos dos niveles —el de la beatificación y el de la canonización—, incluso en el distinto grado de autoridad con que se avala esta decisión pontificia, porque la canonización se refiere ya a la Iglesia universal.

El proceso ha de atender a este triángulo de valores: la ortodoxia del candidato, el ejercicio heroico de las virtudes y el milagro realizado por su mediación ya desde la simple beatificación.

En relación a Mons. Escrivá, estos tres puntos han quedado satisfactoriamente justificados en el proceso. El valor ejemplar de su persona y de su mensaje puede considerarse bajo distintas facetas de su personalidad, pero acaso se pueden resumir en la importancia que dio al bautismo, como llamada a la santidad, que él mismo procuró vivir, y, en consecuencia, a la estima del laicado y, especialmente, a las profesiones y al trabajo, como lugar de ejercicio de toda vocación cristiana a la santidad, y por ello, en el impulso que dio a la presencia activa y responsable de los laicos cristianos en la vida pública. Este objetivo motivó en gran parte su ministerio sacerdotal.

Todos los seres humanos somos limitados, intelectual, psíquica y moralmente. Si la mirada se fija en la limitación o en el defecto y el ánimo del que juzga no está a favor de esa persona, fácilmente puede encontrar razones incluso para la crítica. Jesús mismo no dejó de estar expuesto a estas críticas e incomprensiones de sus contemporáneos, con ser la suya una humanidad tan cumplida, pero que no dejaba, en cuanto tal, de ser humanidad. La historia nos cuenta también las oposiciones que tuvieron los santos en vida o en el momento de su glorificación canónica, a veces también por parte de sus más allegados.

El ideal de un proceso no es éste —el carecer de incomprensiones por ciertas limitaciones reales o supuestas—, sino el de comprobar si, teniendo

todo en cuenta, se ha dado en el candidato un comportamiento moral heroico o no. Se da heroicidad en las virtudes cuando esa persona, según su propio estado, las ha practicado de una manera manifiestamente superior a otras personas también virtuosas, con estas dos notas añadidas: puntualidad y perseverancia, según las orientaciones del Papa Benedicto XIV. Se podría decir que esta heroicidad consiste “en el cumplimiento fiel y constante de los deberes y oficios personales de cada uno”. No se trata de ejercer todas las virtudes en las formas más elevadas posibles, porque hay que distinguir la situación de cada persona: seglar, casada, sacerdote, religioso, en tales o cuales circunstancias. Cada estado de vida y cada situación pide la práctica más cualificada de unas determinadas virtudes, las que corresponden a esa situación personal, en el radical y exigente “deber cotidiano”, sin desentonar de las demás virtudes, porque todas forman un cuerpo orgánico unificadas por la caridad y practicadas con esta puntualidad y perseverancia.

Asentadas estas bases, hay que añadir que ni las personas beatificadas o canonizadas fueron impecables a lo largo de sus vidas, ni exentas de defectos después de su conversión, ni siquiera son necesariamente los más grandes santos. Porque puede haber, y los hay, gracias a Dios, santos muy grandes que todavía no están canonizados ni lo estarán nunca. Todo esto es muy consolador, tanto por el acontecimiento de una beatificación o canonización como por lo que implica para todos en nuestra vocación a la santidad.

Hay otro aspecto que produce extrañeza en el proceso de Mons. Escrivá: su rapidez en comparación con otros. Ello se debe a que se ha abolido el plazo de los cincuenta años que, según la anterior legislación canónica, debería darse entre la muerte del siervo de Dios y la declaración de las virtudes heroicas. Ahora, en la nueva legislación, bastan cinco años.

El árbol se conoce por sus frutos, nos dice Jesús; en este caso, por las obras de las personas: el “Opus Dei”, extendido por todo el mundo, con muchos millares de cristianos sinceros y entregados. Esta realidad eclesial innegable puede ser también objeto de críticas y malentendidos, unas veces con cierto fundamento, porque los defectos personales son inevitables, y en colectivos influyentes o prestigiosos, más expuestos a la crítica, y otras, por prejuicios de quienes juzgan según sus preferencias. La actitud cristiana en todos la sugiere san Agustín: “En las cosas necesarias, la unidad; en las dudosas, la libertad; y en todas, la caridad”. De estas actitudes, para una mayor comunión intraeclesial, todos estamos muy necesitados. Otra cosa es preguntarse si a uno le va o no la espiritualidad del Opus. Eso sucede también con otras instituciones eclesiales, ya que cada una destaca determinados aspectos de la espiritualidad cristiana común según la propia vocación o carisma. No es un mal que exista en la Iglesia esta variedad de carismas, o que no

le vaya a uno tal o cual corriente de espiritualidad. Lo fundamental es que quiera vivir su personal vocación en la Iglesia con creciente fidelidad al Espíritu de Cristo para ser su auténtico testigo como servidor de los hombres.

José DELICADO

DE LAS COMISIONES EPISCOPALES

Solidarios contra la pobreza

COMUNICADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL PARA EL DÍA DEL AMOR FRATERNO

La Iglesia convoca a los creyentes y a los hombres y mujeres de buena voluntad a compartir la celebración de la Jornada del Amor Fraternal en la festividad del Jueves Santo.

El encuentro de las comunidades cristianas en torno a la Mesa del Señor es un momento propicio para la reflexión y para el intercambio de actitudes compartidas ante nuestras responsabilidades personales, comunitarias y sociales.

Estamos en la Jornada del 92, fecha casi mítica que ha creado grandes expectativas en todo el país. Las celebraciones extraordinarias que tendrán lugar a lo largo del año han estimulado un clima de secretas esperanzas, como si estuviéramos llegando a una situación nueva que representaría el final de nuestros problemas.

Sin embargo, todos somos conscientes de la presencia en nuestro horizonte de señales preocupantes. Frente a la euforia —bastante generalizada— que presagia un futuro mejor para todos, están algunos aspectos de la cruda realidad de cada día.

REALIDADES DOLOROSAS.

Sin ánimo de agobiar con una sobrecarga de preocupaciones, nos permitimos hacer referencia a algunas situaciones sintomáticas, que deberían despertar responsabilidades personales y sociales.